

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.aescena.2023.1.2052>

RESEÑA

Una dramaturgia y dos corridos: la obra de Norma Román Calvo

Margot Aimée Wagner

Una pintura de El Bosco, una tragedia de Sófocles, las fiestas populares, los corridos, fueron fuentes de inspiración para la dramaturgia de la doctora Norma Román Calvo; su trabajo revela nuestra idiosincrasia y la crítica surge espontánea, a veces en un tono ligero y mordaz, y, en otras ocasiones, con la seriedad de quien asume la problemática que nos aqueja. Tal es el caso de su obra *Dónde vas, Román Castillo*, texto que toca una de las grandes lacras de la humanidad y, por tanto, también de nuestra nación: el racismo.

Si bien gran parte de los mexicanos somos producto del mestizaje, la vejación a las etnias autóctonas es una constante:

Los pueblos y comunidades indígenas de México constituyen un conjunto social pluriétnico y multicultural, son portadores de identidades, culturas y cosmovisiones que han desarrollado históricamente. De acuerdo con el Programa Especial de los Pueblos Indígenas 2014-2018, se estima una población de 15.7 millones de indígenas y existen 68 pueblos indígenas en consonancia con las 68 lenguas de las que son hablantes. De las poco más de 192 mil localidades del país, en 34 mil 263, 40% y más de sus habitantes constituyen población indígena. Ahora bien, la Encuesta Intercensal 2015 añadió una pregunta para identificar a las personas que se autoadscriben como indígenas, a partir de ella, se consideran 25 millones 694 mil 928 personas indígenas. (CNDH, s. f.: s. p.)

Pag.
57

Nos sentimos orgullosos de nuestro pasado mesoamericano presumiendo al turista pirámides, centros ceremoniales, murales, el calendario azteca y los conocimientos astronómicos de nuestros ancestros; por otra parte, se vejan los derechos de los pueblos indios. Frases como *es un indio bajado del cerro, pinche nopal, pareces indio, indio pata rajada*, etcétera, se dejan oír cotidianamente sin que se reflexione el contenido denigrante de las mismas, amén de las figurillas del indio dormido, símbolo de flojera y descuido, que se venden en los mercados y que los turistas compran como si éstas fueran las imágenes que reflejan nuestra idiosincrasia. El concepto *whitexicans*, surgido últimamente en las redes sociales y utilizado por una élite que se asume socialmente superior, es un ejemplo de discriminación. Afortunadamente, los actores Maya Zapata y Horacio García Rojas han iniciado el movimiento “Poder Prieto”, que, si bien va dirigido básicamente a las industrias televisiva y cinematográfica, no deja de ser significativo para el entorno social.

Nuestra riqueza étnica, aunada a los afromexicanos y a la gran cantidad de europeos y asiáticos que han hecho de México su patria, nos abre un abanico multicultural de suma relevancia; sin embargo, la exclusión al otro, al diferente, continúa siendo una lacra que nos lastima. La lucha contra la discriminación y vejación de los pueblos indios la inicia Fray Bartolomé de las Casas, quien fungiera en 1545 como obispo de Chiapas, el segundo estado con mayor diversidad de etnias, cuna del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y del obispado de Tatic Samuel Ruiz, quienes nos hicieron reflexionar en torno a nuestra esencia mestiza.

El adjetivo *mestizo* surge en España en el siglo XVI para denominar una de las castas o cruza que integraban la estratificación social basada en la jerarquía de raza impuesta en América mediante los Estatutos de Limpieza de Sangre promulgados en 1449 con el fin de excluir a los conversos judíos o musulmanes y revalidar al cristiano viejo. La palabra proviene del latín *mixtum* (‘mezclado’) y denomina a aquél cuyos padres provienen de etnias diferentes; sin embargo, en su uso más común designa al hijo(a) de blanco con india(o). Se ha afirmado que el “padre” del mestizaje mesoamericano fue el marinero español Gonzalo Guerrero, quien rechazó sus raíces peninsulares y se asumió como maya casándose con la princesa Ix Chel Can, con quien procreó tres hijos (Rodríguez Vargas, 2021). Por otra parte, tenemos a Martín Cortés, vástago del conquistador español con Malinalli, bautizada como Marina y mejor conocida como Malinche.

Desgraciadamente también se generan luchas religiosas, económicas y raciales entre las distintas etnias y rechazo a los “impuros”, aquéllos producto de la mezcla de dos etnias, sin que se encuentre una solución al grave problema que sólo genera violencia en un país actualmente inmerso en el crimen y la impunidad. La palabra *mestizo* se ha utilizado en forma denigrante de tal suerte que aún hoy en día es rechazada por muchos mexicanos cuyo origen proviene de alguna de las etnias mesoamericanas. Esta negación del mestizaje y la actitud racista hacia el indígena me remiten claramente a la obra de Norma Román Calvo *Dónde vas, Román Castillo*, estrenada en 1991. Fuente inspiradora de este texto es el romance novohispano “¿Dónde vas Román Castillo? ¡dónde vas pobre de ti!”:

Se ignora a qué personaje de la Colonia se refiera este romance, pero “es evidente que se trata de un héroe popular que, por sus arrebatos y audacia, por su desprecio al peligro y a la muerte, conquistó la simpatía de las masas y resultó ser muy mexicano y muy nuestro”. || Atraída por el misterio del personaje, quise tomarlo como el central de mi obra dramática, dándole también una fisonomía eminentemente mestiza, y por lo tanto, eminentemente mexicana. (Román Calvo, 1991: 67-68, n8)

La obra acontece en la Nueva España treinta años después de la Conquista; los personajes conforman el universo de la Colonia: el fraile dominico, el conquistador, los indios, el noble español y su hija, un español rústico y Román Castillo, hijo del conquistador y de una princesa náhuatl: el mestizo.

Román Castillo, protagonista de este texto, asumiéndose como criollo, sufre una grave crisis emocional al conocer su verdadero origen mestizo; su madre no fue la dama española como le hicieron creer sino una princesa india, botín de su progenitor:

ROMÁN: ¡Oh, Dios! ¡Oh, Quetzalcóatl! ¡Oh, Cristo! ¡Oh, Huitzilopochtli! ¿A quién tengo que acudir? ¿Quién va a escuchar mis quejas? ¡Abandonado de unos y de otros estoy! ¡Maldito sea Cortés y toda su comitiva! ¿A qué vinieron? || ¿A qué llegaron? ¡A confundir religiones! ¡A revolver idiomas! ¡A mezclar razas! ¿A enredar! ¡A romper! ¡A destrozar! (*Rompe y destroza con rabia lo que encuentra a mano*) ¡Para acabar conmigo este miserable engendro! ¡Mestizo rechazado! ¡Feto monstruoso...! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Santamaría! (Román Calvo, 1991: I, XI)

Las últimas frases de Román hacen una clara referencia al rechazo del que eran víctimas los mestizos de la Nueva España, rechazo que se halla arraigado después de más de cuatro siglos.

Asimismo, el menosprecio al nativo a quien, como lo declara primero con sorna y, posteriormente, con convicción Román Catillo, permea la mentalidad de muchos mexicanos: “¡Seres a nuestro servicio! Nos valemos de ellos para las labores pesadas, para las labores sucias: los indios machos se usan de mineros, de peones, de cargadores. ¡Rascan la tierra! ¡Se parten el lomo! ¡Se ahogan de tisis! Y, ¿las hembras indias? Para moler, para tortear, para limpiar porquerías... ¡Para fornicar! ¡Para fornicar con ellas a placer!” (Román Calvo, 1991: I, VIII). Román descubre el amor y recibe el consuelo en brazos de Ayacíhuatl, la hija de su nodriza indígena. Sin embargo, las presiones sociales lo llevan a rechazar su origen, a asumirse como “caballero español”, casarse con la joven blanca que le dará hijos rubios, de ojos claros, y, siguiendo el ejemplo paterno, tendrá su “casa chica” donde la joven náhuatl dará a luz a su hijo, a un mestizo, a un futuro mexicano como lo serán los hijos de Nuño, el criado de Román, quien a diferencia del protagonista decide seguir el camino del amor y contraer matrimonio con una joven india de la que se ha prendado.

Con esta obra, la Dra. Román Calvo nos invita a asumirnos como mestizos, orgullosos de nuestros orígenes mesoamericanos, “aceptar la mezcla y engrandecerla”, a valorar al indígena y no verlo como un ser inferior, digno de compasión o de menosprecio ya que, finalmente, son —fueron— los verdaderos dueños de esta nación. En su texto son ellos los únicos seres dignos, auténticos, ajenos a la corrupción de los demás personajes. Su habla poética, en la que abundan los giros en lengua náhuatl, contrasta con el frío razonamiento de los españoles. Con maestría maneja Román Calvo el lenguaje, como se observa en las distintas formas en que se expresan sus personajes: el cura, los peninsulares radicados en la Nueva España, el español recién llegado y los nativos mexicanos. Con el fin de asegurar una correcta pronunciación de las palabras en náhuatl y una clara comprensión de éstas, la autora nos brinda un anexo en el que aclara el significado de los giros y palabras utilizadas en la obra —no sólo las de origen mexicano, sino también las provenientes del español antiguo, del latín o del árabe.

Muchos Romanes rechazarán su origen; muchos vejarán a los indígenas que, como María Ayacíhuatl, tendrán que conformarse con quehaceres domésticos y mal pagados y ser las concubinas de quienes se asumen como superiores. Obras como la citada de la Dra. Román Calvo denuncian los hechos segregacionistas, discriminatorios y nos conminan a reflexionar, a recapacitar y a cambiar una forma absurda de conducta.

Delgadina y la reina su madrina

De acuerdo con la investigadora Gerda Lerner (2018), la sumisión femenina frente al patriarcado data de tiempos remotos y ha permeado la sociedad hasta la fecha. Afortunadamente la lucha de las mujeres cobra cada vez mayor vigor y aceptación de la sociedad. Se han elaborado leyes que protegen a los miembros más débiles de la familia y castigan la violencia intrafamiliar; sin embargo, ésta no es denunciada en muchas ocasiones, por temor, pena o por cautela al no querer exhibir o dañar a otros miembros de la familia. En México, los feminicidios están a la orden del día desde hace varias décadas y muchos permanecen impunes. A raíz de la terrible pandemia que nos tuvo confinados, la violencia familiar se acrecentó. Por fortuna, han surgido diversos movimientos en pro de los derechos femeninos y las manifestaciones en torno a esta problemática son diversas y se fortalecen día a día.

Consciente de esta problemática, Román Calvo se inspiró en el romance o corrido popular de “La Delgadina” para denunciar con la obra *Delgadina y la reina su madrina* no sólo la violencia ejercida por un padre corrupto, sino también la pasividad de muchas mujeres que se someten a la autoridad masculina. Este texto obtuvo el Primer Lugar en el Concurso Obra de Teatro convocado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México como parte de los festejos organizados durante la celebración de los 70 años de la fundación de dicha Facultad. Escrita tanto en prosa como en verso, esta obra se desarrolla, como resalta en la introducción la dramaturga, “conservando la mayor parte de los versos (del corrido), respetando y aprovechando los giros pintorescos y la especial sintaxis del lenguaje popular; incrustando, de mano pro-

pia, algunos otros fragmentos versificados, cuando lo hemos creído oportuno y necesario” (Román Calvo, 2013: s. p.). Como se puede constatar, Román Calvo maneja a la perfección tanto la prosa como el verso.

Escrita en un tono ágil y con la vena humorística característica de la dramaturga, esta farsa toca lacras que, a través de la historia y aún hoy en día, nos afectan y lastiman. En este caso no se trata exclusivamente de la pasión incestuosa del rey hacia su hija, sino que destaca la tiranía y violencia doméstica que ejerce sobre los demás, su machismo y ampulosa soberbia y la pederastia que lo llevan al acoso de su hija menor. Se trata de un personaje grotesco y es precisamente el grotesco un estilo que, como acertadamente apuntó Adolfo Sánchez Vázquez (1992), “no hace sino mostrar lo absurdo, lo irracional, en el seno mismo de una realidad que se presenta como coherente armónica y racional” (249).

Pero no es ésta la única denuncia que destaca la obra, pues también critica ferozmente la sumisión femenina, la falta de valor para enfrentarse al hombre que la humilla, que la maltrata y lesiona a sus hijas. En el original contamos únicamente con cuatro versos que pronuncia la madre en respuesta a la petición de un vaso de agua de Delgadina:

Delgadina, hijamía,
no te puedo dar el agua;
si lo sabe el rey tu padre
a las dos nos quita el alma.

La dramaturga convierte a la madre en una figura patética que sufre resignadamente la violencia del marido y que, a pesar de todo, se encuentra estúpidamente enamorada de él. Se trata de una mujer que no ve o no quiere ver ni enfrentar la situación en que se encuentra inmersa su familia.

Contrastando con esta infeliz, Román Calvo introduce a otro personaje femenino: la madrina, soberana del reino vecino, mujer inteligente y sensible que se preocupa por la armonía y felicidad de sus súbditos y que mantiene una relación amorosa con su primer ministro sin permitir que este hecho la distraiga de sus deberes como monarca. Al lado del personaje central, que se enfrenta a su padre al negarse a sus propósitos incestuosos, se encuentra Mariquita, su hermana, quien, si bien teme al soberano, se atreve a desobedecerlo e ir por ayuda para salvar a Delgadina. Como buena conocedora de la práctica teatral y de la problemática a la que se enfrenta un productor con un reparto excesivo, la autora resuelve el problema al convertir a los once criados que marca el corrido en dos: On y Ce. Así logra no sólo reducir el número de personajes, sino también otorgar otro rasgo negativo al rey: su fatuidad.

Al igual que en su fuente inspiradora, la obra termina con la muerte de Delgadina; la madrina llega demasiado tarde para salvarla, pero al mismo tiempo nos encontramos con una esperanza: se hará cargo de Mariquita para que ésta no se convierta en una mujer inútil y sufrida como su progenitora. En el canto original se otorga un castigo divino al personaje del rey y una recompensa celestial a su hija:

La cama de Delgadina
De ángeles está rodeada,
La cama del rey su padre
De demonios apretada.

O en otra versión:

Delgadina está en el cielo
Dándole cuentas al creador,
En cambio, el rey su padre
Está con el diablo mayor.

No obstante, Román Calvo, con los pies en la tierra, castiga socialmente al padre tiránico e incestuoso: será juzgado e irá a prisión mientras su esposa, incapaz de hacer absolutamente nada, solloza en un rincón, en tanto que la madrina asume su responsabilidad y aleja a Mariquita de ese ambiente nocivo.

Como podemos apreciar a través de estos dos breves ejemplos, la dramaturgia de Román Calvo es de denuncia, de crítica social, y si bien es, en general, muy mexicana, no por ello se cierra a nuestra nación; su universalidad radica en la problemática humana que retrata y delata. El teatro es, ha sido y será una herramienta efectiva de concientización y de denuncia; utilicemos sus propiedades para generar, aunque mínimo, un cambio en las mentes obtusas de muchos de nuestros congéneres. ▶▶

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CNDH (Comisión Nacional de los Derechos Humanos, México). (s.f.). "Análisis situacional de los derechos humanos de los pueblos y comunidades indígenas" (en línea). *Informe CNDH*, Pueblos y comunidades indígenas. Recuperado de <https://informe.cndh.org.mx/menu.aspx?id=40067>.
- LERNER, Gerda. (2018 [1986]). "El origen del patriarcado" (en línea). *Culturamas*. Recuperado de <https://www.culturamas.es/2018/01/10/gerda-lerner-el-origen-del-patriarcado/>.
- RODRÍGUEZ VARGAS, Dhyana A. (2021 [2013]). "Gonzalo Guerrero, el español conquistado por los mayas" (en línea). *Relatos e historias en México*, Nuestra historia. Recuperado de <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/gonzalo-guerrero-el-espanol-conquistado-por-los-mayas>.
- ROMÁN CALVO. (1991). *Dónde vas, Román Castillo*. Grupo Editorial Gaceta.
- ROMÁN CALVO. (2013). *Delgadina y la reina su madrina* [manuscrito no publicado]. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo. (1992). *Invitación a la estética*. Grijalbo.